

TESTIGOS EN LA ESCUELA

8

**EL IDEARIO
O «CARÁCTER
PROPIO»
DE UN COLEGIO
AGUSTINIANO**

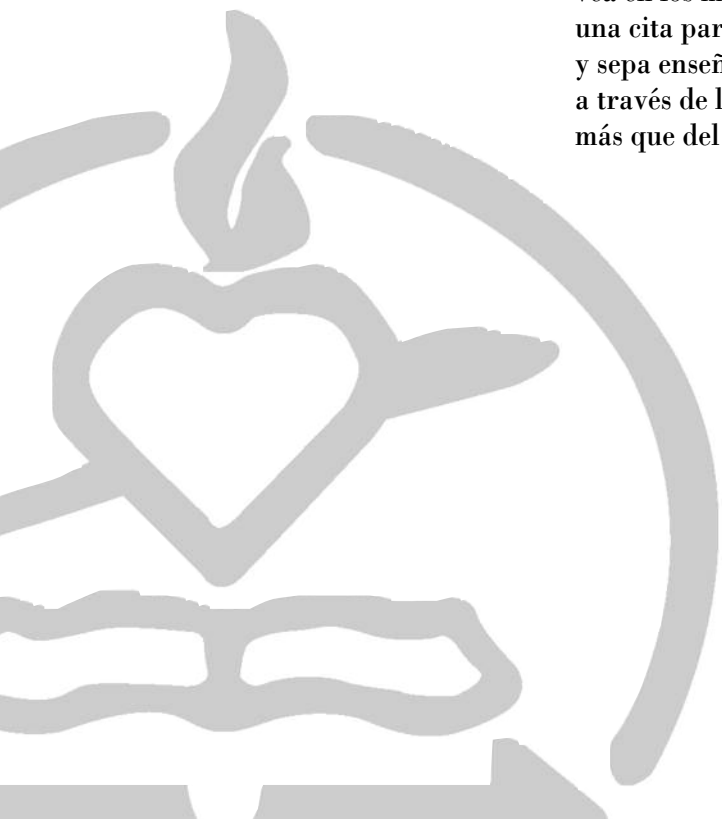
Santiago M. Insunza, OSA



Publica:**FEDERACIÓN AGUSTINIANA ESPAÑOLA****Coordinan:****María Paz MARTÍN DE LA MATA
Santiago M. INSUNZA SECO****Colabora:****Comisión de educación FAE****Imprime:****Grafinat, S.A.
Argos, 8
28037 Madrid****ISBN (Obra completa): 84-932490-0-9****ISBN: 84-932490-6-8****Depósito Legal (Obra completa): M-26.388-2002****Depósito Legal: M-27.893-2002**

ORACIÓN DEL EDUCADOR AGUSTINIANO

Enséñame, Señor, lo que tengo que enseñar,
y enséñame, sobre todo,
lo que tengo que aprender.
Para que también yo
continúe considerándome alumno
en la escuela donde Tú
eres el único maestro
que enseñas desde dentro.
Aumenta mi hambre de verdad
para que no descanse
sobre conquistas fáciles,
sino que convierta la vida entera
en una búsqueda incesante.
Que sepa amar sin condiciones,
como amas Tú,
vea en los más débiles
una cita para la entrega gratuita
y sepa enseñar siempre con alegría
a través de los gestos,
más que del discurso de las palabras.



EL año 1994, la FEDERACIÓN AGUSTINIANA ESPAÑOLA celebró, en Madrid, un encuentro bajo el título AULA AGUSTINIANA DE EDUCACIÓN. Aquella feliz iniciativa –ya en su novena edición– ha contribuido a definir las líneas maestras de la pedagogía agustiniana y a crear un foro de reflexión sobre los temas más vivos de la educación contemporánea. Las ponencias de esas jornadas se han venido publicando, año tras año, y constituyen una bibliografía valorada en el mundo agustiniano de habla hispana.

Con el programa «TESTIGOS EN LA ESCUELA», la FAE quiere, ahora, poner en manos de todos los educadores unos cuadernos monográficos que vayan desgranando los matices diferenciales de una propuesta educativa con sello agustiniano. El manantial de intuiciones que brota del pensamiento de san Agustín no queda aquí agotado, a lo más sugerido.

Los Equipos Directivos de los distintos Colegios instrumentarán la metodología y el calendario más adecuados para ese necesario tránsito de la lectura personal a la reflexión compartida.

La sociedad, particularmente la escuela, necesita *testigos*. Hombres y mujeres que confiesen abiertamente las razones que sostienen su vida y den razón de su esperanza. No hay que *imponer* nada, pero hay que ser capaces de *proponer*. La verdad de la vida cotidiana es el mensaje más transparente. Aunque haya interferencias.

El ideario o «carácter propio» de un Colegio Agustiniiano

SANTIAGO M. INSUNZA, OSA

Actualmente se prefiere hablar de *Carácter propio*. El término Ideario queda demasiado próximo a *ideologizar*, y esa, nunca ha sido misión de la escuela.

A PARECE hoy la educación envuelta en discursos y palabras extrañas. Todo un bosque de términos que, con frecuencia, despistan el rastro de las tareas fundamentales. Entre el vocabulario de las sucesivas reformas –por ejemplo– y el lenguaje de la calle hay un auténtico telón de acero. Ya se hace imprescindible un manual de siglas para saber qué se esconde detrás de tantos acrónimos como desfilan en los documentos sobre educación. Corremos el riesgo de que la educación sea un gigante sin alma, un armazón que sostiene un cuerpo mutilado y enclenque.

El alma de la educación son las verdades últimas de nuestra vida que ponemos al descubierto –muchas veces sin darnos cuenta– en cada gesto y cada palabra. Y el alma de la educación es ese credo, más horizonte que punto de partida, inventariado en un texto llamado IDEARIO o CARÁCTER PROPIO.

CUÁNDO Y POR QUÉ SE ELABORARON LOS IDEARIOS

Hay que mirar un poco hacia atrás y remontarse a dos hechos históricos de distinto alcance. De ámbito universal y eclesial, el Concilio Vaticano II. Aquella asamblea de obispos aprobó, entre otros importantes documentos, una «Declaración sobre la libertad religiosa» y otra sobre la «Educación cristiana de la juventud». El Concilio subraya cómo «el poder civil debe reconocer el derecho de los padres a elegir, con auténtica libertad, las escuelas u otros medios de educación, sin imponerles ni directa ni indirectamente cargas injustas por esta libertad de elección» (*Declaración sobre la libertad religiosa*, 5). Al mismo tiempo, recuerda a la escuela católica que «persigue, en no menor grado que las demás escuelas, los fines culturales y la

formación humana de la juventud. Su nota distintiva es crear un ambiente de la comunidad escolar animado por el espíritu evangélico de libertad y de caridad, ayudar a los adolescentes para que en el desarrollo de la propia persona crezcan a un tiempo, según la nueva criatura que han sido hechos por el bautismo, y ordenar, finalmente, toda la cultura humana según el mensaje de la salvación, de suerte que quede iluminado por la fe el conocimiento que los alumnos van adquiriendo del mundo, de la vida y del hombre» (*Declaración sobre la educación cristiana de la juventud*, 8).

La Iglesia proclama la libertad religiosa para todos, también para sí misma, y, concretamente, para la escuela católica y para los padres que desean para sus hijos una educación de sello religioso.

En un ámbito más próximo y reducido, como es la historia española a partir de la llamada etapa de la transición, se produce un giro significativo, con el paso a un tiempo de libertades, que se manifiesta en la pluralidad de opciones políticas, religiosas y también educativas. La sociedad, que parecía monocolor, presenta ahora aspecto policromado. Se dice abiertamente en la Constitución aprobada por las Cortes el 31 de octubre de 1978, que «ninguna confesión tendrá carácter estatal. Los poderes públicos tendrán en cuenta las creencias religiosas de la sociedad española y mantendrán las consiguientes relaciones de cooperación con la Iglesia Católica y las demás confesiones» (Capítulo II, artículo 16, 3)

Exigencias democráticas relacionadas con el mundo de la educación son:

«Todos tienen derecho a la educación. Se reconoce la libertad de enseñanza» (artículo 27. 1). Y poco más adelante: «Los poderes públicos garantizan el derecho que asiste a los padres para que sus hijos reciban la formación religiosa y moral que esté de acuerdo con sus propias convicciones» (artículo 27. 3) y «se reconoce a las personas físicas y jurídicas la libertad de creación de centros docentes, dentro del respeto a los principios constitucionales» (artículo 27. 6). Sin olvidar que también se protege el derecho a la libertad de cátedra (artículo 20, 1, c).

Como es comprensible, ensamblar y reconocer los derechos de unos y de otros es una tarea de no fácil encaje que se puede convertir en motivo de polémica. Así surge, por ejemplo, el viejo contencioso entre escuela pública y privada. Es urgente romper este dilema y contribuir, desde las filas de la Iglesia, a resolverlo. Lo público, porque es lo comunitario, lo de todos, es causa suficientemente noble como para ser defendida por los hombres y mujeres de la Iglesia.

El nuevo marco jurídico y social tuvo su inevitable reflejo en la educación y la oferta educativa se diversificó. Hablar de *enseñanza pública* y *enseñanza privada* supone una simplificación excesiva, y el repertorio admite, indudablemente, muchos más matices. En este contexto, cada escuela –sobre todo las escuelas confesionales– tiene que presentar su propuesta pedagógica como carta de identificación y garantía de libertad. De este modo, los padres pueden ejercer el derecho que les asiste «para que sus hijos reciban la formación religiosa y moral que esté de acuerdo

con sus propias convicciones»
(*Constitución Española*, artículo 27. 3).
Así surge la conveniencia, casi la necesidad, de plasmar en un texto escrito el Ideario o *Carácter propio* que pretende ser columna vertebral del quehacer educativo del Centro y cartelera donde se proclaman los valores que especifican la pedagogía propia.

«Un cristianismo atrapado por la cuestión escolar, por la clase de religión y por el estatuto administrativo de sus centros pierde aliento para acometer sus aportaciones a la nueva cultura de la educación. Nunca como hoy todas las tradiciones culturales y religiosas están convocadas a esta tarea; cada una de ellas debe aportar sus mejores mimbres, y quizá en esta aventura quede acreditada o deslegitimada. Asimismo, el cristianismo ha de abrir sus entrañas a esta aventura, ofrecerle sus mejores energías y disponibilidades, y por lo mismo, librarse de las trampas que planean actualmente sobre él. La densidad del presente requiere identificar las aspiraciones y finalidades de la educación en el giro de siglo.»

(Joaquín GARCÍA ROCA, *La educación en el cambio de milenio. Retos y oportunidades desde la tradición cristiana*, Ed. Sal Terrae, Santander 1998, pp. 7-8)

El texto del *Ideario Agustiniiano* no supuso partir de cero, sino plasmar por escrito las motivaciones, las razones y las finalidades que siempre han estado presentes en la ya larga tradición educativa de los agustinos y agustinas. Hay un ayer que tuvo su pedagogía, con sus aciertos y sus equivocaciones. Ocurre también hoy, y seguro que dentro de unos años se censurarán métodos y actitudes que actualmente aprobamos. El juicio inmisericorde sobre el pasado, con abuso de tópicos y recortes interesados, ha sembrado el temor en algunos educadores, que se sitúan, consciente o inconscientemente, en el filo de la capitulación y reducen su función a la transmisión de aprendizajes programados.

QUÉ SE ENTIENDE POR ESCUELA CONFESIONAL CATÓLICA

La escuela católica agrupa a una comunidad de educadores que tienen en común el empeño por ofrecer un testimonio colectivo de praxis evangélica y hacer posible el encuentro entre la fe y la cultura. Educar, entonces, va unido a confesar unos valores inspirados en el Ideario que, a su vez, tiene sus raíces en el Evangelio de Jesús.

Por otra parte, la incorporación de un mundo de valores en la oferta educativa vincula la acción de enseñar con la de educar, y hace de nuestra escuela –siguiendo una feliz intuición de san Agustín– *una escuela veraz más que una escuela locuaz*. Es la aplicación que se puede hacer a la educación del consejo que san Agustín da al orador sobre la atención a la doctrina o a la pulcritud de las palabras. «En su mismo sermón –advierde

Agustín— ha de querer agradar más con la doctrina que con las palabras, y ha de juzgar que sólo habla mejor cuando dice la verdad, sin consentir que el orador sea un mero lacayo de las palabras, sino que las palabras sirvan al orador» (*La doctrina cristiana* 4, 28, 61).

«En tiempos en que la suprema tentación de los enseñantes es desistir de educar, sería una bella aventura, consciente y crítica, la de los cristianos apostando por el hombre, por lo humano en general y por los hombres tal como son, más allá y en medio de las funciones que cumplen y de las situaciones en que viven. Y en tiempos en que el desencanto de utopías y programas, nos incita a todos a desistir de hacer de nuestra vida una bella y generosa aventura del espíritu en el mundo, resignándonos a todo, tanto a la injusticia como al sinsentido, tanto al desorden exterior como a la indignidad interior, surge un nuevo y claro reto al coraje de los educadores cristianos para que presenten ante todos sus alumnos el bello testimonio que Jesús dio durante toda su vida y sobre todo en crítico momento, al final ante Pilato a favor de la verdad, de la justicia y del amor, por Dios y por el hombre mismo.»

(Olegario G. DE CARDEDAL, *Memorial para un educador con epílogo para japoneses*, Ed. Narcea, Madrid 1981, p. 51)

Aunque los valores eje del *Ideario Agustiniiano* tienen carácter intemporal, el aspecto histórico de la educación exige partir siempre de la realidad más inmediata. La educación, o es contemporánea o no es educación. Es decir, que nunca el cuadro de valores que configura un Ideario se puede considerar cerrado. El texto escrito subraya esos valores que fijan las señas de una escuela —en este caso la *Escuela Agustiniiana*— pero sabiendo que hay que desterrar la pretensión de enclaustrar en unas notas la especificidad de nuestra escuela. Cuando hablamos de Escuela Agustiniiana o de pedagogía agustiniiana, se trata, esencialmente, de un espíritu, una actitud total frente al ser humano, frente al mundo y frente a Dios. Y cuando se habla de espíritu, nada es cerrado ni inalterable. Por definición, el educador agustiniiano es un buscador de nuevos horizontes. Todo lo que no sea mirar al mañana será cómodo ajuste imitativo. Advierte san Agustín: «No permitamos que nada del pasado nos impida escuchar y que las cosas presentes no nos permitan pensar en el futuro. Movámonos hacia delante» (*Comentarios a los Salmos* 66, 10).

El *Ideario* de nuestra Escuela mana del humanismo agustiniiano. Presenta el modo peculiar de concebir san Agustín la existencia humana y, a la vez, ofrece a los padres y a la sociedad un marco de referencia que identifica nuestra educación.

UNA POSIBLE LECTURA DEL IDEARIO EDUCATIVO AGUSTINIIANO

Se abre con una breve presentación —catorce líneas exactamente—, que se

refiere al «derecho a la educación» y la «libertad de enseñanza» reconocidos por la legislación española. Los agustinos y agustinas presentamos este Ideario, y «a los *Padres de Familia*, de una manera especial, y con el máximo respeto a sus deberes y responsabilidades; a los *Profesores, Alumnos y Personal no Docente*, y a todos cuantos trabajan con nosotros, brindamos este nuestro estilo de educación, nuestro *Carácter Propio*» (p. 5).

Los presupuestos básicos, o *Principios generales*, se fundamentan en unos firmes puntos de apoyo, como son: los Derecho del niño (ONU, 1979); la Resolución Luster, sobre la libertad de enseñanza (1984); la Declaración sobre la educación cristiana de la juventud (Concilio Vaticano II), y otros importantes documentos del magisterio de la Iglesia.

Finalmente, el alcance de la escuela, según san Agustín, no termina en la información-conocimiento, sino que llega a la *formación-sabiduría*. Estos son los vientos que sostienen la Escuela Agustiniiana (pp. 6-7).

IDENTIDAD Y OBJETIVOS DE UN CENTRO EDUCATIVO AGUSTINIANO

Bajo el epígrafe *Identidad de un Centro Educativo Agustiniiano* (p. 7), se diseñan las notas que perfilan la antropología de san Agustín. Es esta antropología la que sustenta nuestra peculiar pedagogía. El hombre es para san Agustín un ser abierto a la trascendencia. Del hambre de Dios (cf. *Confesiones* 1, 1, 1) nace su inquietud más profunda que le convierte en buscador permanente de la verdad. Pero

no se trata de una peregrinación sólo intelectual, porque el amor es peso que nos inclina hacia un lado u otro (cf. *Confesiones* 13, 9, 10), y llama inquieta (cf. *Comentarios a los Salmos* 31, 2, 5). Tan importante como el conocimiento de la realidad es la apertura a los demás para construir una sociedad más fraterna y solidaria (p. 8).

Al fijar los *Objetivos* (p. 9), encontramos las tendencias que, luego, se transformarán en ideas-fuerza para el Proyecto Educativo.

- **El primero de estos objetivos va más allá de logros culturales: educar para el estudio, la reflexión y la interioridad. El conocimiento de la verdad, en su significado más amplio, pasa por el santuario de la propia intimidad donde reside la fuerza creadora, la presencia diáfana de uno mismo y se escucha la voz de Dios, maestro interior. Podríamos reformular este objetivo de otro modo: Educar para el silencio y para la consistencia interior.**
- **Hacer del alumno una persona libre, responsable y consciente de sus valores, que es el segundo objetivo, admitiría también otra formulación: Educar para la autoestima. San Agustín conecta con la insistencia actual de la psicología sobre el autoconcepto como motivación fundamental.**

- **Iniciar al alumno en la vivencia de la amistad como proceso de apertura a los demás y a Dios. «Necesitamos de los demás para ser nosotros mismos», escribe san Agustín en los *Comentarios a los Salmos* 125, 13. La amistad es una necesidad vital que hay que satisfacer «en todo tiempo y lugar» (*El orden* 2, 25). No se trata de un elemento adicional, sino que en la educación agustiniana –como en el desarrollo psicológico normal– la amistad es encuentro y crecimiento humanizadores.**
- **Conseguir un diálogo permanente entre fe y cultura. En nuestra escuela es un acto de coherencia. No puede abrirse paso una pedagogía inspirada en un dualismo opuesto a la verdad fundamental de la unidad del ser humano. La visión unitaria que tiene san Agustín le lleva a decir: «La fe, en efecto, es el peldaño de la intelección, y la inteligencia es la recompensa de la fe» (*Sermón* 126, 1)**

Estos objetivos desembocan en una meta: «Que nuestros alumnos no sólo aprendan a pensar y hacer sino también a SER y COMPARTIR» (p. 11). Aquí puede estar el núcleo del *Ideario Educativo Agustiniano*. Frente a la llamada por R. Garaudy trinidad maldita –poder, saber y tener–, el SER y el COMPARTIR.

No sólo es necesario destacar las claves de la educación agustiniana y los objetivos deseables, también hay que fijar unas opciones metodológicas particulares. Son los *Criterios Pedagógicos*, cuyo relato aparece en las páginas 11 y 12. Tiene especial cuño agustiniano «la promoción de grupos y asociaciones en los que se ofrecen respuestas a inquietudes religiosas, sociales y culturales» (p. 12). Nadie ignora que una constante en la vida de san Agustín es la *comunidad*. La verdad es patrimonio común: «Se aferran a su propio parecer no por ser cierto, sino por ser suyo. De no ser así, también amarían de idéntico modo la verdad de los otros, al igual que yo amo sus enunciados cuando son verdaderos, no por el hecho de ser suyos, sino por ser verdaderos, y al ser verdaderos, lógicamente, ya no son de ellos. Pero si lo aman porque es verdadero, es tanto de ellos como mío, porque pertenece en común a todos los amantes de la verdad» (*Confesiones* 12, 25, 34).

Las páginas finales del *Ideario* presentan tres apartados bien definidos: la *Comunidad Educativa* (personalidad y funciones de los distintos miembros que la componen), nuestro *Modelo participativo de Gestión* (participación que se rige por criterios de coherencia con el *Ideario* y el *Proyecto Educativo*) y *Disposiciones Finales* (los agustinos y agustinas expresamos, a través de este texto, nuestro credo educativo).

EL NÚCLEO DEL IDEARIO EDUCATIVO AGUSTINIANO

La educación agustiniana no hace referencia a una técnica pedagógica, sino

a un clima, un talante espiritual que impregna toda la acción educativa. El hombre agustiniano *busca y ama*, y la verdadera educación consistirá en ayudar al hombre a *ser y compartir*. El *ser* va unido a una propuesta de valores.

El debate acerca de los valores no se limita, exclusivamente, al ámbito de la educación. Se habla de valores de la cultura, de la sociedad... Asistimos, en frase de Baudelaire, a una búsqueda de «faros». En momentos de niebla, la búsqueda e identificación de valores es tarea esencial, y nosotros, como educadores, tenemos una función matriz. Especificar y definir esos valores, saber qué queremos, transmitirlos a través de un lenguaje adecuado para hacerlos inteligibles, crear una atmósfera que proclame y destile por sí misma esos valores, es el desafío que exige hoy la educación. Se trata tanto de una pedagogía testimonial –transmisora de unos valores definidos– como de una pedagogía prospectiva, de búsqueda. Que hablar de los valores en la educación, o de la educación en valores, se haya convertido en un lugar común, significa que es impensable la pretendida neutralidad axiológica, y que toda acción educativa exige un sustrato ético. Sin olvidar que los propios educadores, en su interacción con los alumnos, son los más directos referentes axiológicos.

«Las generaciones jóvenes aprenderán de los adultos –lo quieran ellos o no– qué conocimientos son más apreciados, qué merece su estima y aprecio, cuáles son sus preferencias,

ilusiones, esperanzas, y cuáles los móviles de su comportamiento. Lo aprenderán aunque nadie se lo enseñe explícitamente. Porque educar es dar muchas más cosas de las que se pueden estudiar o explicar en clase o de las que se pueden resumir en unas reglas explícitas. Educar es transmitir un estilo de vida. Los niños observan y copian, erigen modelos, que tal vez más adelante querrán revocar. Tener autoridad es, en definitiva, ser conscientes de que, aun a pesar nuestro, somos el punto de referencia de las nuevas generaciones.»

(Victoria Camps, *Virtudes públicas*, Ed. Espasa Calpe, Madrid 1993)

Se ha incorporado a la literatura de la reforma el término *Proyecto educativo*, que, en verdad, es muy sugerente. Hacemos un proyecto, lo aprobamos y, como está en línea con el *Ideario*, conseguimos el permiso de edificación. Periódicamente habrá que revisar lo que vamos construyendo, consultar planos, controlar materiales... Un proyecto de hombre y de sociedad es mucho más que un diseño teórico filosófico o moral. Los valores se presentan y transmiten en un entramado de experiencias significativas.

Anteriormente se ha afirmado que el núcleo del *Ideario agustiniano* consiste en ayudar al hombre a *ser* y a *compartir*. ¿Qué valores agustinianos pueden despertar la vocación de *ser*?

En el programa «**Testigos en la Escuela**» –más adelante– se estudia, de modo monográfico, cada uno de los valores que configuran la propuesta educativa agustiniana; aquí sólo se presenta su encuadre en el texto del *Ideario*.

I. VALORES PARA APRENDER A SER

Interioridad

Una de las causas que explica la baja temperatura moral de la sociedad actual es la superficialidad con que nos movemos, la escasa selectividad que ejercemos en todo. Reconquistar la interioridad perdida es tanto como recuperar la serenidad, la libertad y adquirir una mayor consistencia interior.

La Oficina Internacional para la Enseñanza Católica celebró en Bangkok, en febrero de 1982, su Asamblea General bajo el título «Educar en los valores para las sociedades del año 2000». La *interioridad* es uno de los valores fuertemente subrayado.

De la sabiduría más ancestral nos llega la recomendación *sé tú mismo*. En una primera aproximación, la *interioridad* es un camino para el reconocimiento personal, para el abrazo con el propio ser. Al hilo del pensamiento de san Agustín, podemos aproximarnos a otra definición: la *interioridad como actitud*. Es el *hombre interior* como contraposición al hombre extrañado, exiliado de sí mismo, volcado hacia fuera desde el balcón de los sentidos e ignorante de la verdad que reside en su propia intimidad (cf. *Confesiones* 10, 8, 15).

El hombre interior ve el mundo desde dentro, tiene una visión sosegada de la realidad que le permite valorar las cosas en su medida. Las personas felices que conocemos transparentan una rica vida interior, una gran sencillez, una alegría espontánea y una buena dosis de fantasía para gozar con lo pequeño y, a primera vista, insignificante. Capaces de soledad y de comunicación al mismo tiempo.

La interioridad agustiniana es valor y es *mediación*. Como mediación, no es completa hasta que el hombre no se trasciende a sí mismo. Es decir, cuando el ser humano convierte el soliloquio en diálogo con Dios.

Educar para la interioridad es educar para el silencio, la admiración, el asombro, la contemplación. El hombre interior es la persona entrañable que ha superado la dispersión y se siente anclado en las raíces de su existencia. «Para que el hombre se conozca, es preciso que parta de la exterioridad, que se recoja en sí mismo y, separado, se mantenga en el abrazo de su propio ser» (*El orden* 1, 1, 3).

Búsqueda

La vida humana es inquietud, pasión, descubrimiento de caminos y horizontes nuevos. «Buscar para encontrar y encontrar para seguir buscando» (*La Trinidad* 15, 2, 2). La búsqueda no está sólo relacionada con el conocimiento teórico, sino también con la vida, el amor (*La Trinidad* 15, 2, 2). No hay nadie que no sea un buscador, un peregrino de la felicidad (*Sermón* 306, 7).

Para san Agustín, el mejor método de la búsqueda es el diálogo (cf. *Soliloquios* 2, 7, 14). ¿Cómo educar hoy para la búsqueda? El primer paso es despertar la voluntad de búsqueda, la curiosidad vital, alentar inquietudes, emplazar a cada persona a la escucha de su propia conciencia (*Sermón* 13, 6, 7). Después de unos años de inconformismo juvenil, ha ido creciendo una niebla de abulia que amortigua la utopía. No hay nada que sirva de espuela incitante, la experiencia de vacío parece no asusta a nadie. El río del tiempo se encarga de ir arrastrándonos. En un momento caracterizado por grandes cambios en el mundo de la ciencia y de la técnica, el ser humano ofrece resistencia a cambiar.

Sin voluntad de búsqueda es impensable «*un espíritu crítico frente a opciones totalizadoras de la ciencia o de la vida*» (*Ideario*, p. 9). La formación del sentido crítico es hoy más necesaria que en el pasado ante la oferta múltiple de mensajes. Porque vivimos en la sociedad de la información, necesitamos filtrar, seleccionar. En otros tiempos, la información nos llegaba en dosis asimilables, hoy en alud. Las técnicas publicitarias alcanzan cimas de sutileza, la informática abre redes de comunicación y hace posible el acceso a bancos de datos continuamente actualizados. El reconocimiento de las libertades permite un fluir continuo de opiniones, a veces contradictorias. Por otra parte, el descrédito de los dogmatismos parece invitar a la duda generalizada.

Educar para la búsqueda es tanto como educar para el espíritu crítico, que nada tiene que ver con fomentar la subversión como sistema, y potenciar esa capacidad de preguntar y preguntarse, sin la cual

nunca se sabe realmente nada aunque se repita todo literalmente.

La lectura profunda de la realidad, la necesidad de tamizar las opiniones ajenas antes de hacerlas propias, el hambre de Dios (*Confesiones* 1, 1, 1), el deseo de conocer, son elementos que integran la búsqueda agustiniana.

Verdad

El concepto de verdad es muy rico. Tanto la verdad, que la ciencia y el pensamiento pretenden desentrañar, como la verdad religiosa (Dios), exigen una larga travesía. La vida entera es búsqueda trabajosa de la verdad que tiene su recompensa final. «Lo que se busca con dificultad, se suele encontrar con alegría» (*Comentarios a los Salmos* 103, 21).

Existe una *verdad* funcional, flexible, multiforme que satisface nuestra curiosidad. Es, muchas veces, una verdad efímera, superada más tarde por otras nuevas verdades que nos invitan a estar abiertos a lo desconocido. Aunque se trate de una parada provisional, en la búsqueda de la verdad uno debe permanecer con lo que tiene mientras no halle algo mejor (cf. *Confesiones* 5, 7, 13). La advertencia de Agustín es de una gran oportunidad, porque —en tiempos de sucesivos cambios— no se puede vivir a la intemperie.

Hay otra *verdad* que significa la aproximación a Dios y a las raíces del propio ser. Esta aventura antropológica tiene carácter religioso. «No es propio de Dios abandonar a aquellos que

desean conocerle a Él y conocerse a sí mismos» (*Soliloquios* 2, 15, 27).

La verdad no es para san Agustín objeto de contemplación, sino que, fundamentalmente, se muestra como compromiso existencial. «De poco sirve decir la verdad con los labios y no con el corazón» (*Comentarios a los Salmos* 14, 3).

Hablar de la verdad es acercarse a un tema de algún modo inabarcable. El acento podría ponerse en tres ideas muy sugerentes y de clara resonancia agustiniana:

- **La verdad –por ser patrimonio común– no es para cada uno como un pequeño sol individual y portátil.**
- **No podemos vivir en la plena ignorancia de nosotros mismos, apegados a una imagen desfigurada, irreal, que sólo es fruto de nuestra fantasía.**
- **Necesitamos a Dios, verdad plena y referencial.**

LIBERTAD

«Hacer del alumno una persona libre, responsable y consciente de sus valores y metas, pero nunca desvinculado de los demás», es uno de nuestros objetivos (*Ideario Educativo Agustiniano*, p. 10). Ahí está la libertad, con su atractivo y su ambigüedad.

La tentación más próxima del caminante es la prisa por llegar a su destino sin haber cubierto la distancia que le separa de la meta. Todos queremos ser libres, pero no siempre aceptamos el camino liberador que pasa por el esfuerzo (*La Ciudad de Dios* 14, 16), el amor (*Carta* 167, 19), el compromiso con la justicia (*Comentarios a los Salmos* 67, 15), la fidelidad a la verdad (*El libre albedrío* 2, 13, 37). San Agustín entiende la libertad como una conquista vinculada al amor. «El alma humana es como una paloma. Cuando está esclavizada por amores terrenos, su plumaje se vuelve pesado a causa del lodo y no puede volar. Pero cuando el lodo de los amores terrenos es removido de sus plumas, recobra su libertad y, ayudada de las alas del amor de Dios y del prójimo, comienza su ascensión a las alturas. Ascende porque ama» (*Comentarios a los Salmos* 21, 1).

El logro de la libertad va unido a otras ideas matrices del pensamiento agustiniano. Por ejemplo, el progresivo autoconocimiento, el deseo de llegar a ser, la necesidad de un proyecto vital, el aprendizaje del amor... Pasa, entonces, la conquista de la libertad por un proceso de individuación y por el respeto a las fronteras que señalan otras libertades humanas. No es una libertad hueca, vacía de compromiso; «no es hacer lo que nos da la gana, sino hacer lo que tenemos que hacer, porque nos da la gana» (*Sermón* 344, 4).

En el contexto juvenil actual, *hacer del alumno o de la alumna una persona libre* exige un marco real para la iniciativa y la participación. Al mismo tiempo, el apercebimiento sobre algunos riesgos inmediatos:

- **Hay jóvenes que se refugian en la inhibición o el mimetismo, para evitar el compromiso responsable de vivir su vida originalmente.**
- **La individualidad está amenazada por ese cerco amenazante que es el entorno ambiental. Es una tela de araña que apresa con facilidad y crea seres clonados.**
- **Existe la tentación de abandonar todo ejercicio de la libertad y recurrir a distintas formas de evasión. El resultado es la pérdida de personalidad, que provoca un estado de inseguridad.**

El hombre libre, según san Agustín, es el *hombre interior*, fiel a sí mismo, habitado por la verdad, que actúa desde el amor. De la raíz del amor no podrá brotar sino el bien (*Tratado sobre la Primera Epístola de San Juan* 7, 8). Para elegir el bien y realizarlo, el ser humano necesita ser liberado por Dios, el único que es libre verdaderamente (*Comentarios al Evangelio de San Juan* 41). Dios garantiza así la libertad.

II. VALORES PARA APRENDER A COMPARTIR

AMISTAD

La Escuela Agustiniiana subraya el valor de la amistad cuando corren vientos de

individualismo. Aunque las estadísticas de población alcanzan cifras muy altas, la soledad es una enfermedad característica de nuestros días. Sólo la amistad puede liberarnos del aislamiento y derribar nuestros muros egoístas. Pero, ante todo, la amistad responde a una exigencia humana. San Agustín se muestra en las *Confesiones* como enamorado de la amistad. Volviendo su mirada hacia la infancia, dice que la amistad le encantaba (1, 20, 31), y son de una gran emoción las páginas que dedica a la muerte de un amigo íntimo.

«En aquellos años, apenas senté cátedra en mi ciudad natal, conquisté un amigo que llegó a ser íntimo, porque compartía los mismos estudios, era de mi misma edad y ambos estábamos en la flor de la juventud. Juntos habíamos crecido desde niños, juntos habíamos ido a la escuela y juntos habíamos jugado (...) Yo le había desviado de la verdadera fe que, al ser adolescente aún, no tenía en él carta de naturaleza ni arraigo. Había logrado arrastrarlo hacia las fábulas supersticiosas y nefastas que eran la causa de las lágrimas de mi madre. La mente de este joven erraba ya conmigo y mi alma no podía vivir sin él.

Pero he aquí que tú, pisando los talones a estos dos fugitivos tuyos, Dios de las venganzas (*Salmo* 93, 1) y fuente de las misericordias, que haces

que volvamos a ti y te sirves de medios sorprendentes, te lo llevaste de esta vida cuando apenas hacía un año que yo disfrutaba de su amistad. Este amigo era para mí más dulce que todos los placeres de aquella época de mi vida (...).

¡Qué angustia ensombreció mi corazón! Todo cuanto veía era muerte. Mi ciudad natal se me convirtió en un suplicio, la casa de mis padres era una desolación pasmosa. Todo lo que con él había compartido se convirtió en un tormento insufrible. Mis ojos le buscaban con ansia por todas partes, pero estas ansias quedaban insatisfechas. Llegué a odiarlo todo, porque todo estaba vacío de él. Ya no podía decirme: Mira, ahí está, como cuando volvía tras una ausencia.»

(Confesiones 4, 7 y 9)

La educación *en y para la amistad* significa –en el aula y fuera del aula– un grado de cercanía, disponibilidad y acompañamiento, utilizar técnicas pedagógicas que favorezcan el trabajo en grupo y ofrecer unos tiempos de presencia que rebasan el horario escolar.

AMOR

Es la experiencia humana fundamental la fuerza motriz de la vida. «Cuando se

atrofia el amor, se paraliza la vida» (*Comentarios a los Salmos* 85, 24). No nos movemos por nuestros pies, sino por aquello que amamos (cf. *Comentarios a los Salmos* 9, 15). Aprender a amar, sin embargo, pasa por una pedagogía y un proceso de maduración. En una de esas intuiciones, salida de su profundo conocimiento de la psicología humana, san Agustín advierte que algunos creen saber demasiado deprisa qué es amar (cf. *Retractaciones* 1, 15, 4; *Sermón* 34, 2-3). Lo que de verdad define a una persona es lo que ama. «Cada hombre es lo que ama» (*Sobre 83 cuestiones diferentes* 35) y la clave de la felicidad está en el amor. «Cuanto más doy mi yo, tanto más feliz soy» (*La continencia* 13, 29).

La *pedagogía agustiniana del amor* se orienta, en primer lugar, hacia el logro de un mundo interior vertebrado. El amor maduro es garantía de equilibrio y de libertad: «Ama y haz lo que quieras» (*Tratado sobre la Primera Carta de San Juan* 7, 8; *Id.* 6, 1). Por el contrario, «un corazón desorientado es una fábrica de fantasmas» (*Comentarios a los Salmos* 80, 14).

Esta pedagogía del amor crea una personalidad positiva, altruista, capaz de empatía y de confianza. San Agustín señala: «Cuanto cuidéis el bien común mejor que el propio, tanto conoceréis que habéis adelantado en la virtud» (*Regla* 5, 31). Aunque los destinatarios de la *Regla* sean los llamados a vivir en comunidad, estamos ante un principio de oro para evaluar ese necesario pulso con el egoísmo y la atención a los intereses comunes. La psicología es en este aspecto, implacable. Aquel que usa las cosas públicas como si fueran propias, que «*se siente con derecho a todo como*

un perpetuo invitado a la mesa que otros han puesto» (Luis López-Yarto), es, inequívocamente, el que menos capacidad tiene de reaccionar ante las necesidades de los otros.

COMUNIDAD

Se habla de grupos juveniles, y algunos no ven otra cosa que una moda oportunista o un «cazajóvenes» de dudosa eficacia. El asociacionismo juvenil, sin embargo, obedece a razones más de fondo. La transmisión vertical de experiencias, ese contarse la vida que antes pasaba de padres a hijos o de adultos a jóvenes, se sustituye hoy por la transmisión horizontal de jóvenes a jóvenes. Transmisión o, más bien, interacción, porque los grupos no sólo reproducen modelos y repiten mensajes, sino que también ellos crean modelos y emiten mensajes.

El *Ideario Educativo Agustiniiano* señala, entre otros criterios pedagógicos, la «*promoción de grupos y asociaciones en los que se ofrecen respuestas a inquietudes religiosas, sociales y culturales*» (p. 12).

No es que el grupo tenga sólo función instrumental. Allí donde se goza de la amistad, donde se dialoga, se reza y se comparte, allí se está dibujando el boceto de una comunidad cristiana y, por lo tanto, allí está la Iglesia.

La *comunidad* responde a la aspiración de participación y responsabilidad. San Agustín utiliza una comparación muy gráfica para hablar de la construcción de una comunidad. Si un edificio está bien construido es porque los materiales son

buenos y están colocados cada uno en su lugar (*Sermón 336, 1*). El grupo no lo es todo. La experiencia comunitaria y la dimensión personal no se pueden disociar. «No es la comunidad la que hace a las personas, sino las personas las que hacen la comunidad» (*Comentarios a los Salmos 106, 3*).

Apostar por el grupo, por la comunidad es optar por una pedagogía activa, con itinerarios bien definidos, que partan de la situación concreta de cada joven.

SOLIDARIDAD

La publicidad no deja de hacernos guiños que nos invitan al consumo. ¿Se puede ser libre en una sociedad consumista? ¿Qué propuestas hacemos desde la educación? Cosas, ideologías y mitos pugnan por ocupar el corazón humano. El consumismo es hoy algo así como la religión popular de las sociedades desarrolladas. Porque seduce y atrae con fuerza, se le sacrifica el tiempo, la amistad, la vida entera.

¿Es posible modificar la cultura del consumo? Aquí es donde se plantea un reto a nuestra Escuela que, por fidelidad al Evangelio y al pensamiento de san Agustín, tiene que ser una instancia crítica, de resistencia y, a la vez, lugar de creatividad solidaria.

No cabe demonizar las realidades materiales porque son buenas y están al servicio del ser humano. Se trata de promover una cultura alternativa –de lo suficiente, de la austeridad– al servicio de la justicia y de una mayor humanización. El consumismo multiplica las necesidades, la avalancha de

necesidades provoca inseguridad y la inseguridad invita a utilizar como tabla de salvación la economía. Por eso el comunismo amuralla y aísla a las personas.

Las riquezas no son malas, repite san Agustín en sus sermones. El mal está en querer ser rico, en la codicia, en la soberbia, en la avaricia (*Sermón 39, 3; Sermón 25 A, 2; Sermón 61, 10; Sermón 177, 5...*).

Aunque san Agustín practicara y aconseje la limosna, nunca puede utilizarse como disculpa para la injusticia (*Sermón 359 A, 13*). Tampoco es dar algo de lo que sobra, sino compartir realmente lo que uno posee. «Quien más tiene más dé» (*Sermón 39, 6*).

Todos los educadores estamos ante un desafío urgente: ¿Cómo crear un clima educativo en el que *compartir* sea un objetivo siempre en pie? Una primera tarea es asumir el empeño en luchar contra todas las formas de pobreza y no insensibilizarnos ante situaciones inhumanas cada día más próximas. San Agustín habla de *prevenir la necesidad*. «No basta con dar limosna a quien pide por necesidad. Hay que prevenir la necesidad misma para que no haya nadie que tenga que pedir limosna» (*Comentarios a los Salmos 10, 3, 10*).

Educar para la solidaridad supone un humanismo, una espiritualidad, un grado de libertad interior. «En realidad, sólo tiene dinero quien sabe usar de él. Quien no sabe usarlo, más que tener dinero es tenido por él. Más que poseer es poseído» (*Comentarios a los Salmos 123, 2*). Educar para la solidaridad es

salir cada uno de su trinchera de deseos y necesidades y levantar la vista hacia las necesidades de los otros.

EL IDEARIO META DE LLEGADA MÁS QUE PUNTO DE PARTIDA

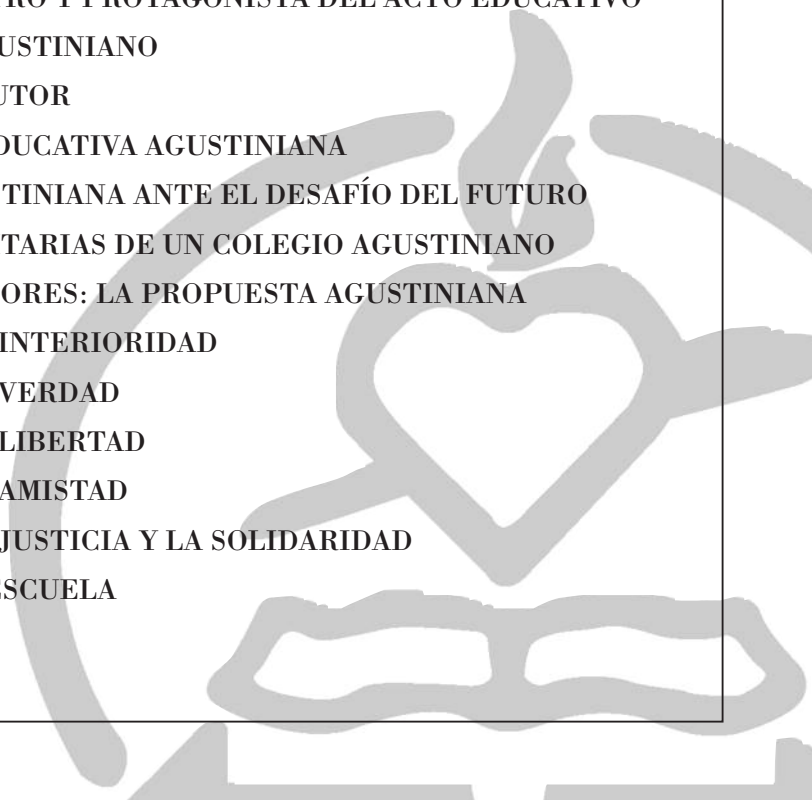
Es importante concluir el tema con un recordatorio elemental: el *Ideario* es más meta de llegada que punto de partida. Quiere decir que no se puede utilizar como instrumento riguroso de selección de profesores. Es un proyecto incitante, con su carga de utopía, que se presenta como indicador y horizonte del trabajo educativo. Del mismo modo que sólo una comunidad evangelizada puede convertirse en evangelizadora, también sólo un grupo de profesores identificado con el *Ideario* o *Carácter propio del Centro* puede servir de fermento dinamizador en la comunidad educativa.

PARA EL DIÁLOGO

- ¿Qué conocimiento tienes del *Ideario* o *Carácter Propio* de un Centro Agustiniiano? ¿Ha sido texto de trabajo en alguna reunión de profesores?
- ¿Te parece un texto mejorable? ¿En qué aspectos? ¿Habría que enriquecer la propuesta educativa agustiniana con algunos otros valores? ¿Cuáles?
- ¿Crees que se insiste suficientemente en el carácter intencional y orientador del *Ideario*, más horizonte que punto de partida?

TESTIGOS EN LA ESCUELA

PROGRAMA DE FORMACIÓN PARA EDUCADORES AGUSTINIANOS

1. SAN AGUSTÍN CONTEMPORÁNEO
 2. SAN AGUSTÍN, PENSADOR Y SANTO
 3. LOS NUEVOS HORIZONTES DE LA EDUCACIÓN
 4. EDUCACIÓN Y EVANGELIZACIÓN
 5. PENSANDO EN LA EDUCACIÓN AGUSTINIANA
 6. PERFIL DE UNA PEDAGOGÍA AGUSTINIANA
 7. HACIA UNA METODOLOGÍA AGUSTINIANA
 8. EL IDEARIO O CARÁCTER PROPIO DE UN COLEGIO AGUSTINIANO
 9. PSICOLOGÍA DE LAS RELACIONES PERSONALES
 10. EL ALUMNO, CENTRO Y PROTAGONISTA DEL ACTO EDUCATIVO
 11. EL EDUCADOR AGUSTINIANO
 12. LA FIGURA DEL TUTOR
 13. LA COMUNIDAD EDUCATIVA AGUSTINIANA
 14. LA ESCUELA AGUSTINIANA ANTE EL DESAFÍO DEL FUTURO
 15. OPCIONES PRIORITARIAS DE UN COLEGIO AGUSTINIANO
 16. EDUCACIÓN Y VALORES: LA PROPUESTA AGUSTINIANA
 17. EDUCAR PARA LA INTERIORIDAD
 18. EDUCAR PARA LA VERDAD
 19. EDUCAR PARA LA LIBERTAD
 20. EDUCAR PARA LA AMISTAD
 21. EDUCAR PARA LA JUSTICIA Y LA SOLIDARIDAD
 22. TESTIGOS EN LA ESCUELA
- 

Cuadernos 